



### ALTURAS DE MACCHU PICCHU

*Sube a nacer conmigo, hermano.  
Dame la mano desde la profunda  
zona de tu dolor diseminado.  
No volverás del fondo de las rocas.  
No volverás del tiempo subterráneo.  
No volverá tu voz endurecida.  
No volverán tus ojos taladrados.  
Mírame desde el fondo de la tierra,  
labrador, tejedor, pastor callado,  
domador de guanacos tutelares,  
albañil del andamio desafiado,  
aguador de las lágrimas andinas,  
joyero de los dedos machacados,  
agricultor temblando en la semilla,  
alfarero en tu greda derramado,  
traed a la copa de esta nueva vida  
vuestros viejos dolores enterrados.*

PABLO NERUDA, (1904-1973)  
POETA CHILENO

## PABLO NERUDA Y LA CIUDAD

Pablo Neruda (Nefalí Reyes Basualto, 1904-1973), Premio Nobel de Literatura 1971, es uno de los primeros poetas contemporáneos de Chile en que la experiencia de la ciudad adquiere una significación decisiva. Como se sabe, Neruda, proviene del sur del país, de una ciudad y un territorio de clima frío y lluvioso, aún en proceso de colonización a comienzos de siglo. Tal como él mismo lo recuerda, en Temuco “sus cementerios estaban aún frescos”.

La llegada del joven poeta a la capital del país, está evocada reiteradamente en su poesía tal como deja testimonio el autor en el *Canto General* (1950), en “Yo soy”. Allí se opone la “casa sin ciudad” en que creció Neruda, a la casa urbana y a la gran ciudad a la que arriba para continuar su formación y hacer carrera literaria. Si bien el recuerdo de su iniciación en la vida urbana no es feliz, sus retornos a La Frontera son, enseguida, sólo transitorios.

En la madurez – rememora – que las paredes de la casa de su infancia olían aún a “madera fresca recién cortada”, es decir, le hacen ahora próxima la naturaleza y el trabajo que la ha transformado, contrastando y uniendo naturaleza y civilización. Esa casa y su entorno natural, se contraponen radicalmente al ambiente de la gran ciudad en que predomina “un olor atroz de gas, café y ladrillos”. En sus calles y callejones, se desplazan “trajes” y no personas como en La Frontera: seres anónimos, alienados y hostiles y no el padre, los deudos, los ferroviarios evocados épicamente como “centauros del camino”.

Para Neruda, en la ciudad la lucha es con los hombres y no con la naturaleza. La soledad y el desamparo – opuestos a la comunión que sentía en su lugar de origen y que se le hace consciente en la poesía de su madurez – son los sentimientos que lo abruman durante su permanencia en la ciudad. Sobre esta base, comienza a desarrollarse en la poesía nerudiana, una oposición, todavía no resuelta, entre naturaleza y sociedad moderna.

El tiempo es una (pre)ocupación esencial del sujeto y que nos comunica permanentemente el poeta. El tiempo de la naturaleza – no hay cosas en el tiempo, sino cosas temporales – es aprehendido como duración sin principio ni fin; hay cierto carácter cíclico y circular en el desarrollo, en el (de)crecimiento vegetal y animal. Pero el tiempo, la totalidad – Neruda busca el sentido en la totalidad – es inabarcable. Referido a la naturaleza, el tiempo no tiene medida, es inmensurable y no tiene sentido humano. La dimensión

humana, social, histórica del tiempo es experimentada por el poeta en la ciudad (aunque no sólo en ella).

En su vida en la ciudad, el poeta experimenta especialmente el tiempo, es decir, su temporalidad y la de los otros como un presente dilatado, vacío. Las actividades que atraen su atención – y que parecen caracterizar la vida en la ciudad – carecen de productividad visible, al menos no son notoria y positivamente productivas. El propio poeta siente su vida como una repetición inútil. Es asaltado por sus recuerdos, mejor dicho, éstos emergen fragmentaria, poderosamente, pero no logra conectarlos productivamente con su presente ni con un proyecto futuro.

El tiempo está cortado. Ni la actividad del poeta ni su reflexión logran reunir los momentos temporales de su vida. Pero a esta vida sin sentido, estéril, sigue el poeta contraponiendo posibilidades que aún no se vislumbran, pero que buscan ciega, erráticamente sus raíces o fundamento en el recuerdo de sus “perturbados orígenes”.

El poeta se siente separado violentamente en la ciudad; separado casi desgarrado de la naturaleza (que resurge principalmente en su recuerdo), separado del prójimo – que es hostil y cerrado – y, por último, separado de sí mismo. Su percepción de la realidad y de sí mismo se hace dramáticamente fragmentaria. Claramente, desde esta identificación contradictoria, cobra sentido histórico la declaración con que concluye el discurso nerudiano al recibir en Estocolmo el Premio más alto de la literatura universal como es el Nobel y en el que cita a “un pobre y espléndido poeta, el más atroz de los desesperados”. Toma conciencia de su propia mortalidad y de la inutilidad de su vida urbana, en la que ni trajes ni orgullo podrán superar el inexorable paso del tiempo y la llegada de la muerte, de tantos como él que han vivido, voluntariamente y contra sus más profundos anhelos y querencias, en la indeseable ciudad...

*“Hasta que al fin caemos en el tiempo, tendidos,  
y nos lleva, y ya nos fuimos, muertos,  
arrastrados sin ser, hasta no ser ni sombra,  
ni polvo, ni palabra, y allí se queda todo  
y en la ciudad en donde no viviremos más  
se quedarán vacíos los trajes y el orgullo...”*

(“La Ciudad que se va”, *Canto General*, 1950)